Tomo X

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 15

San José, Costa Rica 1925 Lunes 22 de Junio

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

NOCHES SYRACUSANAS

X

¿Cansancio?

Por R. Brenes Mesén

Qué provocativa mezcla de relato y sabiduría hay en las páginas de Plutarco! Cuando comenta la política de los estadistas hallo el mismo tono de los comentarios de Maquiavelo a las historias de Tito Livio. A cada instante da uno con pensamientos que resumen una vida de experiencia. En ambos, el sagaz florentino y el erudito Plutarco.

Una mañana de estas, leyendo una carta, vínome a la memoria un pasaje de la vida de César. Miramos los principios de las cosas, pero no siempre nos es dado prever el encadenamiento de consecuencias que se sucederán más tarde, quizás muy tarde para aplicarles eficaz remedio. El mismo desprecio con que las miramos les permite crecer y ejercitar señorío.

Esa es la experiencia de quienes miran los acontecimientos en actitud reflexiva, animados del deseo de comprender, así las corrientes humanas en la historia, como los fugaces relámpagos que llamamos el presente.

Distínguense los estadistas de los políticos, precisamente en ese poder de visión. El político orienta su barquilla por el movimiento de las aguas en la superficie, sin detenerse a mirar si subacuáticas corrientes llevan diversas o encontradas direcciones. Echa la sonda de su mirada penetrante el estadista para orientarse—no por las ondas que van espumando en la playa—sino por los más recónditos movimientos que emergerán un día, transcurridas algunas lunas, quizás con las distantes sicigias.

La fascinación de la política es precisamente esa: la insidiosa ansiedad de adivinar lo que serán estos o aquellos movimientos de las ideas, de las pasiones, de las ambiciones y necesidades de los hombres. El politicante anhela el medro personal; el político busca el éxito de sus planes en el juego de las pasiones; el estadista, previendo, crea: pero cuenta con un cómplice infalible: el tiempo.

Los estadistas educan las masas para los eventos del porvenir. ¿Qué gran estadista moderno se olvidó de inspirar la educación?

Inspirarla no es fundar edificios, es infiltrar un espíritu nuevo; es soplar un aliento de primavera que cuajará en frutos en el momento en que la renovación entrevista por el hombre de estado habrá de tener principio. Inspirarla es también seguirla desde lo alto, a fin de que no se le tuerza el rumbo. A manos cariñosas, aptas y dóciles confíeseles el cuidado de los detalles; conserve el estadista su carta de marear y su sextante.

Puedo explicarme que estadistas fatigados, amargados, escépticos abandonen los negocios de la cosa pública en manos de leales subordinados; pero no comprendo que los empequeñezcan con desdén condórico cual para significar que tales asuntos han de encargarse a inteligencias tres veces subalternas.

Déjense las metódicas y los procedimientos, en materias de educación, a maestros y especialistas. Las líneas fundamentales no ha de torcerlas sino el estadista, con la mirada puesta en un fin nacional y humano.

Afirmar que es esto negocio de maestros exclusivamente es medio fácil de evitarse el esfuerzo de pensar y resolver. En ninguno de los países comprometidos en la guerra mundial los estadistas han dejado los grandes problemas de la educación en manos de los maestros. Ellos han intervenido directamente, han hablado, han escrito, se han mostrado conscientes de su responsabilidad de hombres de estado.

Un empréstito en el extranjero, cuando hay medios de llevarlo a cabo en el interior de un país, es profundamente insensato. Pero no lo es menos abandonar al azar de hombres sin visión el porvenir de las generaciones que pagan siempre los empréstitos.

Y este es uno de los horrores de las democracias ignaras: el juzgar que no hay responsabilidad cuando ella pesa sobre los hombros del conjunto. Cuando, por el contrario, en la democracia debería saber cada ciudadano que tiene una definida responsabilidad en la marcha de todos los negocios públicos. «Allá ellos»—es una exclamación de satisfecho egoísmo pululante en las democracias de parodia. En la República no puede haber un «allá ellos», sino un

«aquí de nosotros», que es un «aquí de todos». La prueba más patente de que una democracia es indigna del gobierno propio se halla en esa indiferencia por los negocios importantes que manifiestan los más de los ciudadanos. Cuando los problemas de educación se abandonan a los maestros y los empréstitos a los banqueros, y las obras públicas a los ingenieros, y la sanidad a los médicos, está en decadencia la república: duermen ya los hombres de estado,

Syracuse University,
mayo de 1925.

La labor hispanófila de Carlos Pereyra

Nuestro distinguido colaborador D. Víctor Pradera, representante en este país de las teorías de Charles Maurras, ha publicado en *A B C* un interesante artículo, titulado *La obra de España en América,* en que expone el resumen del libro de un hispanófilo francés, M. Marius André, libro que se llama *La fin de l'Empire espagnol.*

Pues bien: existe un libro que se titula precisamente como el artículo del señor Pradera; es decir, *La obra de España en América,* que se publicó en Madrid hace cinco años, y que acaba de ser traducido al francés. Resulta todavía más interesante que uno de los traductores del libro en referencia sea el mismo M. Robert Ricard, que en el Ateneo de San Sebastián dió la conferencia sobre Hernán Cortés, mencionada por el Sr. Pradera.

El autor del artículo *La obra de España en América* no hace mención del libro que lleva el mismo título. ¿Lo desconoce? Si fuese así, sería característico para la excesiva modestia del autor del libro, que se llama Carlos Pereyra, y que desde hace nueve años vive entre nosotros, en un destierro voluntario, digno y laborioso. Carlos Pereyra vive para el hispanoamericanismo, mas no vive de él; no lo ha explotado nunca para el lucro ni para hacerse célebre. Lejos del mundo, ignorado del gran público, y de muchas personas que tendrían la obligación de conocer línea a línea todo lo que ha escrito, realiza una labor que asombra por su diversidad y por su profundidad.

No conozco a ningún escritor que haya contribuído, como Carlos Pereyra a disipar la odiosa leyenda negra con la que el jacobinismo trata de envolver a España, a hacer amar y estimar a España en la América hispana y en el extranjero. Que no se crea, sin embargo, que la hispanofilia de Pereyra sea lírica ni apriorística; es, por el contrario, resultado de un largo trabajo de investigación; es decir, que tiene por base la ciencia y la lógica, base más sólida y más sincera que el lirismo tropical. Escuchemos lo que él mismo dice en el prólogo de *La obra de España en América:* «Se afirma aquí la admiración a España, pero es una admiración que nace del objetivismo, del estudio ecuánime de los hechos, emprendido con espíritu desinteresado... La obra de España fué colosal. Lo fué militarmente. Pero se muestra más grande aún en el orden económico y en el orden moral». Y este libro, que los Sres. Baelen y Ricard han traducido al francés, podrá convencer a los franceses de que la América que se extiende desde California hasta la Patagonia, no es una América latina, sino una América hispana. España no sólo ha descubierto y conquistado el Continente, sino que lo ha realmente civilizado. Humboldt, autoridad indiscutible e indiscutida, escribe: «Cuando estudiamos la historia de la conquista, admiramos la actividad extraordinaria con que los españoles del siglo XVI extendieron el cultivo de los vegetales europeos en las planicies de las cordilleras, desde un extremo al otro del Continente. Los eclesiásticos, y, sobre todo, los frailes misioneros, contribuyeron a esos progresos rápidos de la industria. Las huertas de los conventos y de los curatos eran almácigas, de donde salían los vegetales útiles recientemente aclimatados. Los mismos conquistadores, a quienes no debemos considerar en masa como guerreros bárbaros, se dedicaban en su vejez a la vida de los campos».

A pesar de las facilidades que encontraron los ingleses para colonizar a Norteamérica, este territorio se encontraba todavía en un estado de verdadera barbarie cuando los países colonizados por España, y, sobre todo, aquellos que dependían de Lima y de Méjico, eran ya emporios de cultura. Los conquistadores, tan calumniados, establecieron artes e industrias, como la de azúcar, que todavía son la base de la vida de naciones enteras; llevaron a las Indias morales de seda, animales de labranza, árboles, viñedos, trigo, arroz y molinos. «Por mucho que se haya leído y pensado en estos asuntos—escribe un crítico notable y compatrtota de Pereyra, el ilustre escritor mejicano Victoriano Salado Alvarez—pasma ver lo que España construyó en poco más de un siglo. Geógrafos, cosmógrafos, navegantes, mineros, exploradores, industriales, lingüistas, naturalistas, metalúrgicos, civilizadores, en fin, fué el contingente que aportó para traer a la vida la porción del nuevo mundo que algunos boquirrubios todavía se rehusan a llamar América española, y se empeñan en apellidar latina con el donoso pretexto de que en el Brasil se habla portugués, como si no fuera una sola civilización la peninsular, y como si los portugueses no se reclamaran también españoles».

¡Cómo se explica entonces la decadencia ulterior de la América hispana? Por la enorme extensión del Imperio, por la imposibilidad de tener una Marina que custodiara y transportara los géneros; por el monopolio de Sevilla y de Cádiz; por la burocracia peninsular, y, finalmente, por las sangrientas guerras de la independencia, que destruyeron las bases de la vida enonómica, lo que, por su parte, fomentó la anarquía, el caudillaje, los pronunciamientos ininterrumpidos. Todos estos errores han acabado en gran parte con lo que habían fundado conquistadores, frailes, estadistas, exploradores, agricultores y mineros.

Sentimos que nos falte espacio para presentar, por lo menos someramente, los demás libros de Carlos Pereyra, que son como capítulos de la misma obra histórica; de una labor asombrosamente vasta, que tiene el propósito de establecer la verdad más escricta sobre la acción de España en América, la vida independiente de las antiguas colonias, y su actitud frente a la América anglosajona. Sin embargo,

no quisiéramos terminar este breve comentario sin mencionar *La conquista de las rutas oceánicas,* publicado en la Biblioteca Histórica Iberoamericana, que ha fundado y que dirige, y su *Historia de la América española,* obra en ocho gruesos tomos (los dos últimos están en prensa), que resulta un verdadero monumento del genio hispano, y una afirmación del porvenir esplendoroso que se abre para las nuevas Repúblicas, llenas de potencialidad.

ANDRES REVESZ.

(De *A. B. C.* Madrid).

Dietario en Zig-Zag

Marinero bretón

L'ame des matelots est sœur de la mer pâle.
ANATOLE LE BRAZ.

EN alta mar, y en noche de oleaje y de negruras, marinero de Port-Blanc, tierra de la Bretaña, nos contaste la balada del *Ankou.*

Nos acordamos. Tu nombre era Janick. Y, sentado a nuestra vera, felino, lleno de mar, pudimos tomarte por el marinero joven que sirvió de modelo a Henri Matisse.

El *Ankou* es el «obrero de la muerte».—Narrabas de noche bajo un marino cielo largo—. Tu adolescencia rubia, tu fuerza probada en los vientos, tu color de pan cariñosamente horneado, repelían las imágenes de la muerte que evocabas y hacías plástica con una voz sin matiz y con un gesto errante.

—Después del *angelus* nocturno, a fin de luz, por los caminos de mi tierra, vaga el *Ankou.* Alto, descarnado, con flácida melena que se desborda del inmenso sombrero de fieltro que le cubre la cabeza, con saco holgado, colgante por la espalda curva y por los brazos estirados, oliendo a moho y a descomposición de tumba, sale a otear los campos, las casas, las veredas, mientras su cabeza gira en redondo, como sobre un eje, para que nada y nadie le escape.

¡Qué terror al percibirlo en la hora baja! Parpadea la luz angustiosa de dos candelas blancas en el fondo negro de las cuencas vacías del *Ankou.* Ríe tinieblas su desgarrada boca. Acompaña su paso el chirriar de la hoz que afila a seguido sobre huesos humanos.

Cnando la hoz se tuerce—adolorido de segar—busca para enderezarla al obrero que tiene encendido el hornal en hora de misa. Cuando se destrozan sus zapatos—hartos de caminos—busca para componerlos al zapatero que clavetea suelas malas. Cuando se le seca la boca—amarga de noches—busca en la taberna para beber, al marinero que por primera vez se emborracha.

Un crepúsculo...

(Mar borrascoso. Oscuridad. El alto mástil hunde en lo negro su farol que parece una estrella que sangra).

—Un crepúsculo—Janick, el marinero bretón sigue hablando—el *Ankou* me estrechó entre sus brazos. En la taberna de las luces rojas, junto al puerto, me había emborrachado por primera vez. ¡Qué frío sentí al ser abrazado! Ni juntando todas las noches heladas que he pasado en el mar con todos los cierzos que me agrietaron la piel, se recogería el frío de los brazos del *Ankou.* ¡Me ahogaba! Pero escapé. Por algo tenía diez y seis años. Por algo había doblado velas de bergantín dentro de fuertes vientos. Un mordisco hondo en el pecho hueco del *Ankou* me libertó del abrazo mortal. Su hoz no se dobló en mi cuerpo. Se doblaron sus brazos. El fresco chorro de mi risa burlona mezclóse al ronco grito de su rabia.

Y la juventud sana, musculada, fuerte y ágil del marinero bretón, Janick, se irguió a nuestro lado. Vimos su llama en lo oscuro. Sentimos su primavera enroscarse a él como la seda de las banderas se enrosca a las astas. Hubiéramos querido fijarnos en sus blancos dientes de lobo, en sus rojos labios quemantes, en su reir triunfal... Se sentía bellamente fuerte en la sombra el marinero.

—¿Y a qué sabía el *Ankou?*—preguntamos a Janick. ¿Qué sabor dejó la muerte entre tus dientes y en tus labios?

—Un sabor a niebla, a niebla acenizada como la que el vapor atravesará mañana. Muérdala, señor y me dirá. El sabor del *Ankou* nunca puede olvidarse...

Oscuridad. Noche. Mar.

¿Podía ser que aquella juventud tan joven recordara a la Muerte?

En la tierra firme, caían las doce de los campanarios.

El diálogo de Riabinin y de Dedoff

Garscin Vsevolod fué un bolchevique del pre-bolcheviquismo; un novelista lleno de místico ardor de destrucción.

Como Andreieff, como Anoutchine, como Boretzky, como Vladimiroff, como Krouprine, como Artzybasheff, como Dostoievsky, y como tantos otros, creó un tipo de excepción sacándolo de un medio copiado y con una base de verdad. La Rusia de las inmensas divisiones, que engendró con sus despóticos conservatismos las grandes anarquías, se los daba.

Vidas de embriaguez y de riqueza inclemente, de espasmo doloroso y de agonía inacabable, agotaban con un sadismo refinado todas las delicias y todos los tormentos del mundo. Escritores y poetas se abrazaron al pueblo por un sentimiento de piedad humana y literaria, sentimiento que, lógicamente, debía engendrar, contra los altos, otro sentimiento de odio, humano también y también literario.

Había de apóstoles y de guías en ellos. Había de redentores y de místicos que esperaban sin esperar y creían sin creer en una liberación y en un mañana. El hospital, el manicomio, los prostíbulos, la guerra, las tabernas, los cuarteles, los barrios bajos, abastecían su romántica sed de dolor. Todo amo era un verdugo; todo ladrón justificaba sus actos; toda prostituta era una mujer que fatalmente ocupaba su necesaria plaza.

Garscin Vsevolod fué víctima de él mismo y de su época. Murió de «parálisis de la voluntad», una enfermedad que debió nacer expresamente en Rusia y expresamente para matar al escritor.

Sus críticos, Voljsky y Uscinosky, nos hablan de

las crisis nerviosas terribles, de los desórdenes mentales de Vsevolod. Fué *un caso*. Era su flor, la *flor roja* del loco encerrado en el manicomio de Tula. Sus ojos no se cerrarían en la noche. Por eso no podía evitar que lo llenaran trágicas tinieblas.

Un cuento suyo revela bien la novela rusa prebolchevique y lo revela bien a él.

Riabinin y Dedoff son dos pintores que dialogan.

Riabinin pinta *la vida*. Su único cuadro será el de los remachadores que, enterrados en los tubos de las calderas, martillean sin cesar entre el estruendo sonoro del bronce.

Son todos sordos. El formidable ruido les quebró el tímpano. Ahora trabajan sin oír, perdidos, apretados en la angostura asfixiante, remachando las planchas junto a sus mismos pechos que un ahogo persistente dilata.

Dedoff pinta los campos llenos de sol confortador, esmaltados de frágiles flores; los lagos tranquilos con cisnes nevados y nenúfares lunares; los jardines estivales con rosas—muchas—abiertas y con un surtidor—Tritones rientes—colmado.

Vselvolod es Riabinin—su época—. Nosotros seríamos Dedoff. Riabinin enloquece, al terminar su obra. Dedoff—¡qué tristeza irónica en la pluma de Vselvolod!—gana una medalla.

Reconocemos que es irónicamente triste el ser recompensado *oficialmente*. Pero es triste, mucho más triste, presentar un espejo que deforma, que inconformiza, que confronta y que hace patentes desigualdades humanas necesarias, *de naturaleza*. Pero es más triste, mucho más triste, enervar a los sufrientes cargando de tintes sus sufrimientos, haciéndoselos palpables, sollozando a su lado, mostrándoles imaginarias cadenas, patentizándoles su esclavitud, aprovechándose de la enferma hiperestesía rusa para exacerbar y para herir.

Desde Gogoll—enfermo él—hasta Dostoievsky—por igual enfermo—nada más ha hecho la literatura rusa: Patentizar a los humildes sus desgracias. Inoculadores de tinieblas, enfermos o enfermadores—con excepciones contadas—he aquí sus literatos.

Desde el fondo del cuadro de Repín, que lo reproduce en *Iván el Terrible,* los ojos de Garscín Vsevolod se abren sobre la Rusia inlibertada.

RAMÓN VINYES

Ap. 16. Barranquilla, Colombia.



La Casa del Estudiante

YA teníamos conocimiento de la espléndida obra a que se ha dedicado el Reinado Estudiantil de Medellín, obras que han culminado en la admirable institución de la Casa del Estudiante. Esta Casa que ha de prestar un apoyo eficaz a los estudiantes medellinenses, tiene por principal objeto mejorar la vida de los muchachos pobres, que con grandes esfuerzos van a los colegios y a las universidades a estudiar una carrera, y que por falta de recursos pecuniarios se ven obligados a habitar en oscuros tugurios antihigiénicos, a alimentarse deficientemente y a carecer de toda diversión y esparcimiento cultural.

Ojalá que esta iniciativa, tan bella como oportuna, que ha sido secundada con entusiasmo por la capital antioqueña, sea acogida en otras ciudades universitarias y estudiantiles del país, y las casas del estudiante se funden en muchísimas partes que las están pidiendo urgentemente.

Publicamos a continuación la carta que nos han dirigido dos dignísimas damas, honra y prez de la sociedad de Medellín y a cuyos inteligentes esfuerzos se debe, en parte esencial, esta admirable obra en favor de los estudiantes.

Medellín, marzo 25 de 1925.

Señor Director de *El Tiempo*.

Bogotá.

Muy estimado señor:

Con el mejor agrado comunicamos a usted que el día 15 del presente mes se inauguró solemnemente en esta ciudad «La Casa del Estudiante», institución creada merced a los ingentes esfuerzos del Reinado Estudiantil, con el fin primordial de mejorar el gremio de estudiantes, proveyéndolos de un centro común que les ofrezca un medio más propicio para la conveniente inteligencia en sus iniciativas y actividades, con las cuales logren, por la fraternal armonía que ha de inspirarlas, la más provechosa orientación de tan simpática causa, que redundará evidentemente y como consecuencia inmediata, en bien para la sociedad en general.

Por el momento, la Casa funciona con sólo cuatro dependencias o secciones, a saber: servicio de comedor, servicio de dormitorio, salón de diversiones y salón de biblioteca. En los dos primeros servicios encuentra el estudiante las mejores condiciones de higiene, a la vez que un precio proporcionado a sus escasos recursos, y en los dos últimos, tiene un feliz motivo para alejarse de las perniciosas tertulias en cafés y casas de juego, que labran un surco tan hondo como funesto en el seno de la juventud. Estas reducidas proporciones iniciales, agregadas al acercamiento que se logrará entre los estudiantes de las distintas Facultades, son motivo muy suficiente para esperar un benéfico resultado, que todos los días será mayor al desarrollar nuevas iniciativas en la aludida institución, cual es nuestro proyecto.

INÉS, Reina.—*Teresa Santamaría*, Ministro de la «Casa del Estudiante».

(De *El Tiempo*, Bogotá).

El concepto de Filosofía y de Política

La mayor parte de nuestros políticos sonreirán al ver juntos los dos nombres: Filosofía y Política. ¿Qué es política, para la mayoría de nuestros políticos? Ocupar el poder, cobrar de la nación; tener influencia que deje un buen tanto por ciento.

Benedetto Croce, el eminente filósofo italiano, acaba de publicar un libro de filosofía y de política, bajo el título de *Elementi di Política* Desde la primera página hasta la última, el libro tiende a demostrar que la política es capaz de ser una especulación puramente filosófica y que la verdadera política es bien distinta de la fabricación de sutilezas y «leguleyismos», destinados a favorecer a determinada facción.

Política quiere decir, para casi todos los políticos, actividad práctica. La actividad práctica, sin una idea que la dirija, es como un velero a merced de las olas y del viento. La mayoría de los políticos se llaman realistas y prácticos sin tener una idea directriz, sujetos a una visión de la realidad bajo el prisma variante del temperamento.

A nuestros políticos «temperamentales» les sería provechosa una lectura del libro de Benedetto Croce. Es de los «temperamentales» políticos «realistas» la concepción de un Estado autoritario que divide a sus componentes en amigos y enemigos del gobierno. Y la aceptada amistad, o enemistad, no sirve para gobernar: se utiliza para protecciones, para apoyos y para dar la razón a unos en perjuicio de los otros, clara demostración de que el practicismo y la visión de la realidad en que fundamentan su orgullo los políticos prácticos y realistas, no es tal realidad nacional, ni es tal práctica de gobierno: se limita a un proteccionismo interesado que destruye los fundamentos del Estado, en su concepción integral.

«La vida moral de un Estado, dice Croce, abraza a los hombres de gobierno y a sus adversarios; a los que conservan y a los que revolucionan», y agrega: «No se puede gobernar día por día, hora por hora, improvisando leyes singulares y efímeras». Son las leyes que la realidad temperamental reclama a los políticos sin dirección política, a los políticos que entran en la política con la única preparación que exige la benevolencia de influjo que recompensa al servidor con un cargo de quince pesos por día o de algo más, si cae la ganga.

Las corrientes políticas del mundo que avanza, no son corrientes de política que impone sino de política que obliga a buscar una concordancia entre lo diverso que compone un Estado, y entre lo múltiple que ata a un pueblo.

En *Politik,* folleto recientísimo de Benés, el recto político checo-eslovaco, y en la obra que acaba de salir de Mario Missiroli, *Una bataglia perduta,* encontramos también ideas parecidas a las ideas de Croce sobre el concepto filosófico en la política. Son las ideas de hoy. «Ha de marcar el rumbo de un pueblo—dice Benés—la brújula del pensador que, por su filosofía, sabe que la acción de gobernar y la concepción del Estado no son dos cosas completamente separadas».

Así como en Colombia hay que levantar cruzada cultural, hay que levantar cruzada contra los políticos sin bagaje, contra los que entran a la política con el pase que les da la influencia. Los políticos sin preparación son los que han defendido la política como actividad práctica, como visión realista de acontecimientos, y aplicación de remedio en cada caso. De esa concepción antifilosófica, nace la política absolutamente desprovista de finalidad patriótica: nace la política que usa la mayor parte de los políticos colombianos.

El realismo político de tales políticos—dice Benedetto Croce— es el de creer que gobernar es hacerse fuerte en el gobierno para poder resistir, el mayor tiempo posible, los embates de los contrarios.

Y así la patria es campo de batalla y no de finalidad de bién común para quienes gobiernan y para quienes quieren tomar el gobierno por asalto.

(De *La Nación,* Barranquilla).

El salario de los maestros

(Del *New York Evening Post*).

No pagamos bastante a los maestros de nuestros hijos. No es posible librarse de la verdad económica de que obtenemos aquello que pagamos y nada más. A la larga, el nivel de cualquiera profesión es casi igual al de la compensación que recibe.

Un escritor moderno dice: «Cuando compramos el servicio de enseñar, en gran parte compramos el porvenir de nuestros hijos».

Vivimos para nuestros hijos. La casa entera se mantiene para ellos y no puede haber un negocio más importante que el de su adecuado desarrollo.

El maestro ocupa el puesto del padre. Debe ser un hombre adiestrado de tal modo que los niños que están a su cargo, desarrollen en hombres de veras.

Por esta razón el maestro debe ser un hombre versado en los mejores libros y revistas y que tenga la más amplia visión de la vida. El escoger persona de calidad inferior para el magisterio, da como resultado una calidad inferior de futuros ciudadanos.

El maestro debiera ser la mejor persona del mundo, de modo que la inteligencia de sus discípulos se nutra de savia generosa.

No hay río que se eleve más que la fuente de donde brota y ninguna educación hará por nuestros hijos lo que de ella debemos esperar a menos que ella venga de personas que hayan sido debidamente ejercitadas para impartirla.

Ejercitar maestros cuesta dinero. Atraer las mejores inteligencias a la profesión de enseñar, cuesta dinero.

Los maestros deben vivir vida cultural, con abundantes facilidades, y eso cuesta dinero. El maestro debe mantener una posición social que le permita vivir decentemente, de modo que pueda llevar a las aulas la vitalidad necesaria. Todo eso cuesta dinero.

Mucho hemos hecho para mejorar la calidad de los maestros en los Estados Unidos, pero el problema es tan vital y colosal que aún no hemos arañado la superficie.

El maestro debe ser compensado con lo bastante para convertirlo en un miembro importante de la comunidad. Debe pagársele lo bastante para que obtenga el respeto de sus discípulos.

El dinero no es el todo y hay muchas cosas que no pueden comprarse con dinero, pero al mismo tiempo, el dinero algo significa y a la larga es la base para compensar aquellas especiales cualidades que deseamos en aquellos que educan nuestros hijos.

Es dudoso que podamos obtener tales maestros con los salarios que hoy les pagamos.

Muchos de los importantísimos problemas en el porvenir de la nación deben plantearse en las aulas y es imperativo que presidan en ellas los mejores expertos que puedan obtenerse.

FRANK CRANE

Trad. y envío de MAGÓN.
N. York, mayo 26 de 1925.

Azorín el político

AZORÍN, el admirador profundo de los clásicos, el sutil panegirista de los pueblecitos de Castilla, uno de los más rotundos y eruditos críticos de España, ha sido nombrado director de un periódico semioficial, órgano del directorio militar.

En este nombramiento hay muchas cosas que no podemos explicarnos. Primero, por qué Azorín, interviene a estas horas de su vida tan reciamente en la política. Porque aunque Martínez Ruiz siempre ha estado en esos ajetreos donde se ha distinguido últimamente por su conservatismo académico, no hemos podido o tal vez no hemos querido comprender a Azorín hundido hasta la cabeza, agitándose en defensa de un régimen que no logrará salvarse del fracaso a que está condenado por su falta completa de sentido de la hora.

Es curioso el caso de Azorín. Tal vez se ha contagiado fuertemente en el aroma intenso de polvo que flota en la Academia española de un conservatismo que antes no le conocíamos. Suponíamos todos que Martínez Ruiz, que empezó su vida de escritor como socialista revolucionario, era ya absolutamente conservador, pero jamás supusimos que ya en la hora crepuscular se diera a hacer la ruta de Don Quijote en defensa de un régimen que los españoles toleran tal vez más que por otra cosa por una inefable pereza de volver a la vieja política de antaño.

No es airosa indudablemente la posición de Martínez Ruiz. Un hombre que ha conservado siempre cierta independencia espiritual, no puede curvarse ante Primo de Rivera sin desmerecer algo. Y además, no sólo Azorín hace la venia a la dictadura, sino que va más allá. Salta al palenque a defenderla. Y en ese palenque no puede quedar incólume su prestigio.

Confiamos sin embargo muchos en que el autor admirable de *El Político*, que supo dar tantas máximas a los hombres de Estado, sepa diestramente evitar el quedar engarzado cuando la dictadura militar se venga a tierra, y sepa «renunciar en sazón». Y así lo podremos ver otra vez sobre su tribuna cultural, enseñando a los españoles contemporáneos las inmensas riquezas de una lengua maravillosa, que manejaran los clásicos, y que se ha honrado con sus páginas.

(De *El Tiempo*, Bogotá).

Rectificando

En ediciones anteriores, algunas notas hemos reproducido de la prensa colombiana referentes a Ortega y Gasset, acusado. Ahora nos llega de París esta rectificación:

«Se trata de Eduardo y no de José Ortega y Gasset, acusado. Eduardo es un abogado y político, militante primero en el partido liberal acaudillado por el marqués de Alhucemas. Recientemente ha hecho declaraciones republicanas. Hermano mayor de José Ortega, su actuación ha sido siempre exclusivamente política.—E. D. C.»

Saludos.

José Ortega sigue haciendo su vida habitual en España.—A. R.

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

J. Vasconcelos: *Artículos*	₡ 1.00
E. Renán: *Páginas Escogidas* (2 folletos)	2.00
Eugenio D'Ors: *Aprendizaje y heroísmo*	1.00
Carlos Vaz Ferreira: *Reacciones*	1.00
Xavier Icaza: *Gente mexicana* (novela)	3.00
Leopardi: *Parini*	1.00
R. Tagore: *Ejemplos*	1.00
Hugo de Barbagelata: *Una centuria literaria* (Antología de poetas y prosista uruguayos)	7.00
Kahlil Gibrán: *El loco*	1.00
Paul Geraldy: *Tú y yo*	1.00
Homero: *Ilíada* (2 tms., pasta)	6.00
Tolstoi: *Los Evangelios* (1 tom., pasta)	3.00
Dante: *La Divina Comedia* (1 tom., pasta)	3.00
E. Díez Canedo: *Sala de retratos*	1.00
Platón: *Diálogos* (3 tms., pasta)	9.00
Fray Luis de León: *Poesías originales*	1.00
Eurípides: *Tragedias* (1 tom., pasta)	3.00
Tagore: *Jardinero de amor*	1.00
Bolívar: *Discurso en el Congreso de Angostura*	1.00
Homero: *Odisea* (1 tomo pasta)	3.00
Diego Carbonell: *Reflexiones históricas*	3.00
R. Heliodoro Valle: *Ánfora sedienta*	3.00
Ml. Magallanes Moure: *Florilegio*	1.00
Isaías Gamboa: *Flores de otoño y otros poemas*	1.00
Omar Kheyyám: *Rubayát*. (Trad. directa de V. García Calderón)	1.00
L. Lugones: *Elogio de Leonardo*	1.00
José Martí: *Versos*	1.00
Almafuerte: *Obras*	3.00
J. E. Rodó: *Parábolas*	1.50

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.
MEDICO CIRUJANO
TELÉFONO 899 — Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.
Despacho:
50 varas al Norte del Banco Internacional.

Página lírica

de Rafael Maya

=Del tomo *La Vida en la Sombra,* Bogotá CMXXV. Algunas rosas del rosal, que son muchas y fragantes y preciosas. Al Autor, gracias, gracias, gracias, por el bello obsequio.=

LA VIDA

Vida silenciosa
de días iguales,
—fuente entre rosales—
corres sin rumor.
Tu corriente ociosa
se aclara de rosa
si en tu espejo acaso se mira el amor.

Vida pasajera
sin goces ni llantos,
con algunos cantos
hechos sin razón.
Pero en alma entera
por la primavera
que siembra sus flores en el corazón!

Vida humilde y pura.
Alegre creencia
en Dios, transparencia
radial de la fe.
La muerte segura,
y en la selva oscura
no contar los pasos del tiempo que fué.

Antiguas visiones
me cercan: tropeles
de ninfas, laureles,
mirto pasional.
Guerreras canciones
y viejos galeones
anclados en golfos de agua musical.

La forma pagana
en torno ciñendo
el vaso en que ofrendo
mi vino de sol.
Pero el vino mana
de fuente cristiana,
y el vaso es cortado de un árbol de Dios.

Luego el preferido
paisaje: mi monte,
mi rico horizonte
mi claro encinar.
Y un ansia de olvido
por no haber podido
surcar desde niño las rutas del mar.

Vida humilde y buena.
Lucha cotidiana
por vivir mañana
de pan y verdad.
Y el verso que llena
la nada terrena
de formas que luchan por su eternidad.

Y, ya cuando muere
crepúsculo tardo,
la fragancia a nardo
de alguna mujer.
Y el alma que quiere
seguirla, y prefiere
la estrella lejana del atardecer.

¡Oh juventud mía!
la muerte, ligera
de plantas, espera
velarte la faz.
Radia un claro día
sobre tu alegría!
Esculpe en la sombra tu sueño de paz.

YO TE LLEVARÉ A MI VALLE

Yo te llevaré a mi valle
Musa del hielo y del pinar,
pequeña hermana de los osos
y de la aurora boreal.
Yo te llevaré a mi valle
desde la gruta de cristal
donde arrulló tu largo invierno
el viejo lobo paternal.
Yo te llevaré a mi valle
que ya se empieza a despertar
como un infante entre las gasas
de la neblina matinal.
Verás la clara primavera
sobre los campos retocar
con oro suave y nácar diáfano
su leve manto floreal.
Verás la luz que se detiene
como un pastor, a descansar,
cuando la flauta va dejando
la colina crepuscular.
Yo te llevaré a mi valle
para que escuches, en la paz
de los collados, la plegaria
de la campana angelical.
Está mi valle tan distante!
Ya han empezado a recortar
para el establo, alegres mozas
el heno tibio y maternal.
Regresará la fiel carreta
con el lucero y un cantar
en que haya aroma de las breñas
y hondo susurro del trigal.
Será la vida alegre y clara
y junto al pozo familiar,
cual hace un año, las parejas
habrán llegado a platicar.
El humo azul de los cortijos
irá trazando su espiral
mientras la tarde se despide
como una nave sobre el mar.
Yo te llevaré a mi valle
Musa del hielo y del pinar,
pequeña hermana de los osos
y de la aurora boreal.

VÉSPERO

Oh feliz inocencia de la tarde tranquila!
Todo: el valle y el río y la granja y la esquila
cabe en ti, como en una cariñosa pupila.

El collado con lumbres místicas se arrebola.
El mástil de una torre su farol enarbola.
Surge la catedral iluminada y sola.

Una nube redonda pasa, como un navío,
después de haberle dado su lluvia al caserío.
El horizonte es rojo. Lejos murmura el río.

Tarde, tú me pareces como una buena hermana
que nos viese llegar de una tierra lejana
a través del cristal de la antigua ventana.

Es la oración. Y todo se postra de rodillas,
y el alma, entre un ambiente de pomas y gavillas,
oye la flauta de las églogas sencillas.

Nada hay que para el pasmo vesperal no se apronte.
Ya la estrella, encendida sobre el ara de un monte,
congrega en torno toda la paz del horizonte.

Y yo miro hacia el valle que es fragante y risueño
como el verde refugio de un oásis pequeño
donde crece una palma de vaivén y de ensueño.

Yo quisiera ir al valle... Mas se anuncia el rumor
de la noche, y en todos los hogares ¡oh amor!
se enciende la pantalla roja del comedor.

Como un lobo del campo pasa por fuera el viento,
y entra la cabalgata real al aposento
a través de la puerta luminosa de un cuento.

Yo cierro la ventana. Mas dice el alma enferma:
Tarde, islote de oro sobre la tierra yerma;
bajel de gloria, llévame cuando todo se duerma.

Llévame bajo el vuelo del angel que socorre
el sueño de los niños y del angel que corre
a despertar al alma de bronce de la torre.

Llévame... Que tu esquife sonámbulo me halle
listo a zarpar, mas antes de que la flauta calle
detrás de la colina que duerme sobre el valle.

NO ESPERES, ALMA MIA

No esperes, alma mía,
no esperes nada del futuro. Acaso
sólo te aguarde el cabezal de piedra
en el jardín musgoso del silencio.
Acaso en el oculto
trecho que quieres cultivar de flores
para vivir en soledad amena
proyecte ahora la callada esfinge
su triángulo de sombra.
No esperes, alma mía,
nada del sol que alumbrará mañana
como un enviado joven, con su antorcha,
tu mística caverna.
Tal vez estás viviendo
la hora más bella de tu vida. Acaso
este minuto que se filtra, leve,
como un grano de arena por tu mano
es la parte preciosa de ventura
que estaba en las rodillas
del ciego dios para premiar ¡quién sabe
si tu primer mirada
de candor sobre el mundo, o el amparo
que en tu seno le diste a la belleza!
Olvída la faena
trivial, penetra en el instante sumo
y alcanzarás que es éste
el círculo mas claro de tu vida.
Talvez no tengas una
mujer que te ame ahora; más, qué importa?
Ya verás que el recuerdo
de los amores viejos
guarda tánta dulzura
que basta a compensar todo el encanto
de unos ojos profundos que te miren
hoy, como nunca te miraron otros.
Abísmate en la hora!
La torre giratoria de los años,
edificada en sombra, ante tus ojos
ha puesto ya la única ventana
por donde puedes ver todo el paisaje.
Róbate el horizonte!
Embriágate en la luz, mientras que llega
la noche en que pondrás tu vieja lámpara
a las humildes plantas de la muerte.

Las "Ediciones Colombia"

Antes de ocho días verá la luz pública el primer volumen de las *Ediciones Colombia*, con las cuales se dará un impulso decisivo en bien de la literatura nacional, haciendo del libro un artículo que pueda llegar a manos de pobres y de ricos, y sirva de vehículo a las obras que de veras merecen los honores de la publicación.

La empresa, tal como ha sido concebida, es de amplias perspectivas. Por lo pronto, se publicará un volumen al mes, de unas doscientas páginas, para venderse al precio de cincuenta centavos el ejemplar. Al rededor de esta biblioteca se irán desarrollando otras empresas de carácter semejante, que comprendan todas las actividades del pensamiento colombiano, y, en general, de toda la América.

La biblioteca con la cual inicia sus labores *Ediciones Colombia* es de carácter literario. En ella se presentarán obras que hasta la fecha han permanecido inéditas, a pesar de ser valiosísimas en la producción intelectual de Colombia, como los poemas de don Fidel Cano, que constituyen uno de los volúmenes en preparación. Como un homenaje a Hispano América, el primer tomo de la biblioteca estará consagrado a las eminentes poetisas Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou, Delmira Agustini y Alfonsina Storni, que representan la más alta cumbre en la literatura femenina de nuestro Continente: se ha hecho de la obra de tan ilustres escritoras una selección que da suficiente idea acerca de su labor poética.

En próximas entregas se irán ofreciendo al público, además del libro de don Fidel Cano que hemos mencionado, los de Efe Gómez, Tomás Carrasquilla, Joaquín Quijano Mantilla, Gregorio Castañeda y Aragón, las caricaturas de Ricardo Rendón, versos

novelas, cuentos, crónicas, obras de teatro de todos los intelectuales del país.

Es quizá la primera vez que se intenta aquí un movimiento serio para levantar el libro colombiano, haciendo publicaciones metódicas y seleccionando una colección que puede ofrecer, en el exterior, un panorama exacto del movimiento intelectual que, más ahora que nunca, se agita en esta República.

Y por primera vez se le buscará mercado a nuestros libros en Sur América, con lo cual se estrecharán los vínculos de simpatía que hagan cierta la ponderada fraternidad hispana.

A la cabeza de la nueva empresa se halla don Germán Arciniegas, cuyo solo nombre es una prenda de éxito, por su vasta ilustración, su fino gusto literario, su claro talento y porque tiene el don divino del entusiasmo, y aspira a realizar obra bella y fecunda.

Somos testigos de los trabajos que lleva adelantados la nueva empresa editorial, y todo nos hace confiar en que será un éxito seguro.

(De *El Tiempo*, Bogotá).

Doctor CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

LA COLOMBIANA

Sastrería

Francisco Gómez Z.

La mejor en su clase. Ultimos estilos

Trabajos modernos

Calle del Tranvía.—Frente a la tienda Kepfer.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCÍA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	₡ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	$ 3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

El hombre que sentía pasar la muerte

=Inédito. De *Las Fantasías de Juan Silvestre*=

LLEGÓ a mi casa solo, diciendo simplemente que deseaba conocerme. ¿Por qué? ¿Quién le habló de mí? Nunca quiso responderme sino con vaguedad.

Se presentó bajo el nombre de Lázaro da Cunha, procedente del Brazil, pero más tarde me confesó que éste era un nombre de su invención.

—Me gusta llamarme como aquel amigo de Jesús, buen hermano de una cortesana que murió y fué sepultado, y cuando ya hedía resucitó a la voz del Cristo que lo llamaba de nuevo a la vida—me dijo.

Parecía extranjero, de origen latino. Estaba muy joven pues apenas si acabaría de doblar la treintena. Era un hombre feo, con la sonrisa más atractiva que he visto en mi vida. Se ponía a sonreir y al punto uno sentía que se le metía corazón adentro; sus facciones toscas, algo aindiadas se transformaban; se pensaba que dentro de ellas se encendía una estrella. Su voz era tan suave, que mi oído sentía cuando él hablaba, como si sus frases entraran calzadas de seda. Cuando algo le interesaba mucho, se ponía nervioso, y se tenía la impresión de que su voz ondulaba cual serpiente que huye; también sus labios gruesos adquirían esa imperceptible palpitación que hay en las brasas en el momento en que se apaga la llama.

A veces lo creí loco. Por lo general las gentes que nos tenemos por cuerdas, consideramos desiquilibrados a quienes expresan opiniones extrañas al ambiente y a la época.

Mis parientes y las relaciones íntimas de la casa—honorables personas—lo miraban con desconfianza y lo juzgaban inmoral. Para mí era más bien un amoral, o mantenía la *pose* de tal con admirable espontaneidad: tenía un modo tan infantil e inocente de preguntar a quien condenaba o elogiaba un acto: «¿Por qué es eso malo? ¿Por qué es eso bueno?», que su interlocutor se quedaba en la duda de si en realidad no tenía noción de la maldad o bondad del asunto. Y así que le explicaban, soltaba una de sus paradojas contundentes que dejaban frío a cualquiera, o se encogía de hombros con su acostumbrado: «nada se puede asegurar...»

Una de las cosas suyas que más me impresionó, fué su facultad de presentir la muerte. En las ocasiones en que insistí para que habláramos de ese misterioso asunto, la única explicación que me dió, fué ésta: «En eso soy como los perros». Y cambiaba de conversación.

He de advertir que jamás le ví la menor punta de espiritismo ni de teosofía, ni parecía afiliado a religión alguna.

Un día desapareció sin despedirse. Hace ya dos años que lo ví la última vez, y desde entonces no he vuelto a tener la menor noticia suya. Un día del mes pasado, el corazón me palpitó con violencia al oir llamar a mi puerta como él llamaba: un repiqueteo nervioso con las yemas de los dedos. Abrí con mano temblorosa, pero quien llamaba era un pobre vendedor de escobas.

Muy a menudo tengo nostalgia de su compañía extraña, tan diferente de cuantas en mis días he compartido, con aquellas sus extrañas opiniones que le sugerían hombres, y paisajes y cosas, bien distintas de cuantas acostumbro oir y de las mías propias.

Quiero relatar algunas de las manifestaciones que tuvo en mi presencia en esto de presentir la muerte a que me he referido anteriormente:

Habíamos ido juntos a la Estación del Atlántico a despedir un amigo. Llegamos muy temprano y apenas uno que otro pasajero estaba en la sala de espera.

Era una mañana de octubre, de temporal, llena de neblina.

Nos paseábamos por el andén, cuando pasó en dirección contraria a la nuestra un hombre en *overalls* y gorra echada sobre los ojos; mi amigo se estremeció y se volvió como obligado por un resorte, hacia el individuo que se alejaba. Cierro los ojos y veo con admirable precisión al hombre en *overalls* de tela azul, pequeño, ancho de hombros, con las manos en los bolsillos. A mí me ha conmovido siempre la espalda de los hombres de trabajo, sobre todo la de los campesinos y la de los obreros, pero recuerdo que la línea en que se inclinaba aquella espalda fuerte, me conmovió profundamente. ¿Por qué sentí un interés infinito por la silueta que se esfumaba entre la neblina?

En la puerta de una de las oficinas apareció un empleado. Mi amigo se acercó y le preguntó señalando al otro: ¿Quién es ese hombre?

—Es fulano, el maquinista que sale con el tren de pasajeros de Limón—se le contestó.

—¿Tiene hijos?

—Sí—repuso el empleado—¿Por qué?

—Por nada.

Mi compañero me tomó por un brazo y me llevó hacia la máquina. El maquinista miraba algo en el tubo de alimentación, luego palmoteó con gesto cordial el cuerpo de acero reluciente de la locomotora, lo mismo que si acariciara las ancas de su caballo antes de montarlo. Subió enseguida a su compartimento y se puso a ver hacia adelante, con ojos distraídos, unos ojos claros que no puedo olvidar, y que parecían fijos en la línea que se perdía entre la neblina. Aun me parece tener ante mí, la mano regordeta y curtida sosteniendo la barbilla. Se echó atrás la gorra con movimiento maquinal y volvió a nosotros la mirada. Lázaro me tenía agarrado siempre por un brazo y sus dedos temblorosos se me metían en la carne hasta hacerme daño. El maquinista pareció interrogarnos con la mirada. Lázaro se adelantó como para hablarle...

En esto alguien me abrazó por la espalda. Era nuestro viajero, quien me llevó consigo y con quien yo tenía que hablar algo de importancia. Mi amigo y su maquinista quedaron relegados a segundo término.

Un estremecimiento, y la locomotora arrastró el tren, dejando tras sí su huella de humo espeso. ¿Qué había sido de mi amigo? ¿Al fin había hablado con el maquinista? Nunca supe lo que pasó entre ellos.

Me volví a buscar a Lázaro y lo divisé apoyado en un pilar. Me acerqué y lo encontré mirando con los ojos muy abiertos el recodo por donde había desaparecido el tren. Hacía rato que el último pitazo sonara a lo lejos, cuando se volvió y me dijo con voz opaca:

—Vamos.

Bajamos la calle de la Estación en un silencio que hacían más helado la llovizna que caía del cielo gris y el lodo negro de las calles.

. . . .

En la tarde, los chiquillos vendedores de periódicos gritaban su mercancía y la hacían apetecible al oído goloso de sensaciones fuertes de los habitantes de la ciudad, con el siniestro reclamo: ¡«Con la graan desgraciaaa de hoy en el tren de pasajeros de Limón...»

Compré un diario y leí la noticia del choque del tren de pasajeros con un tren de trabajo, y de la espantosa muerte del maquinista de aquella mañana.

En la noche vino Lázaro a mi cuarto. Estaban allí otras personas, pero él entró sin dar siquiera las buenas noches, lo cual desagradó mucho a más de una de las corteses criaturas allí reunidas. Buscó el rincón más oscuro y retirado de la compañía, y se puso a fumar furiosamente. Yo veía brillar entre la sombra sus ojos de un modo extraño, y cuando la brasa del puro alumbraba su rostro, la palpitación roja de la brasa se confundía con la brasa de sus labios.

Todos se despidieron y él permaneció en su rincón sin hablar una palabra. Cuando vió que me disponía a acostarme, salió en silencio. Y después, jamás hizo la menor alusión a lo sucedido y a mis preguntas ansiosas sólo me contestó: «En eso soy como los perros que sienten venir la muerte...»

Paseábamos una noche por un barrio tranquilo de la ciudad. Al desembocar en una calle nos salió al encuentro la música de un vals en un piano. Al acercarnos distinguimos también gajos de voces frescas y de risas juveniles que parecían formar una alegre ronda con las notas del vals.

Mi pensamiento yacía desalentado y mustio dentro de mí. Habíamos caminado más de una hora en silencio, y lo último que mi amigo dijera—como corolario de nuestras filosofías pesimistas—había sido esto: «Tal vez el hombre se vaya volviendo fraternal y puro, conforme el sol se vaya apagando. Pueda ser que nuestros odios y nuestra lujuria no sean otra cosa que el fermento producido por su calor en nuestra carne. Quizá cuando el sol brille en los cielos, semejante a esas brasas que asoman su mortecino fulgor entre las cenizas de un hogar en la madrugada, los tiempos serán de paz universal, así como lo quieren los comunistas de hoy. Entonces no habrá clases sociales y todos se harán un puño para calentarse...»

Pero aquella algarabía vino a sacudir mis ideas sombrías, y sonreí con ternura, lo mismo que se sonríe ante las travesuras de un niño sano, de un gatillo o ante un pájaro que se baña, se esponja al sol y gorjea. Pocas cosas producen en mi espíritu una sensación más dulce y amable que esta de oir mezcladas voces y risas jóvenes.

Nos acercamos. Era una casa de gente acomodada. Por la ventana abierta de un saloncito, salían bocanadas de luz tibia. Cuando llegamos frente a ella se inició un coro, y la palabra *Alegría* se repetía varias veces en cada estrofa. Por un espejo veíamos un grupo de adolescentes en torno de un piano.

—¡Alegría! ¡Alegría!, cantaban las voces.

¡Qué magia adquiría esta palabra al brotar de aquellos labios en flor!

En la luna del espejo la escena tenía el encanto de un cuento de hadas. El iris de los biseles se confundía con el destello de los ojos, el fuego de las mejillas, y las cabezas se agitaban como las margaritas en un prado cuando pasa la brisa.

¡Alegría! ¡Alegría! Dentro de mi memoria los versos de un himno a la Alegría de Walt Whitmann cantaban también: eran niños que danzaban sobre la hierba bañada por el sol y volvían la espalda a la visión sombría sugerida en mi imaginación por la fantasía de mi amigo, aquella de la fraternidad universal bajo un sol que agoniza.

«¡Alegría, todo cubierto de alegría!»

Había una voz que sobresalía entre todas. Diríase embriagada de ilusión.

La mano de Lázaro se agarró nerviosa a mi brazo. Ya conocía yo ese contacto inquietante... Me estremecí.

—¡Esa voz!—dijo—¡esa voz!

¡Cuan extraño sonó su acento entre el coro regocijado!

—¿Qué quiere Ud. decir?—le pregunté.

—Es la de aquella niña...—agregó—la de aquella niña que tiene la cabecita como una rosa de oro...

De la figura que me indicaba no se distinguía en el espejo más que la parte posterior de la cabeza, una peloncilla fina y dorada que se echaba atrás desafiadora cada vez que de sus labios salía la palabra *Alegría*.

La presión cedió en mi brazo. Volví la vista a Lázaro, poco a poco, pues temía encontrar algo tremendo en sus ojos... Pero no fué así... Tenía los ojos cerrados, los músculos del rostro inmóviles. Sólo sus labios temblaban.

Me habló muy bajo, casi en secreto:

—Si nos quedáramos aquí... ¿Recuerda Ud. el monumentale Celle del cementerio de Génova? ¿Recuerda Ud?

Sí, si recordaba la bella criatura que cede cual una rama de durazno en primavera entre las fuertes manos que la arrancan de la vida. Ya la cabeza juvenil va a desprenderse como una corola al soplo del huracán; los tiernos senos se rebelan y se irguen como capullos de esperanza, al contacto helado de la velada y rígida figura, cuyas cuencas — pozos de misterio—se adivinan bajo la tela que la envuelve.

—Vuelva por aquí mañana, Jnan—musitó Lázaro.

Nos alejamos.

—¡Alegría! ¡Alegría!—seguían cantando los adolescentes, y el coro de sus voces frescas nos siguió a lo largo de la calle silenciosa bajo el fulgor de las estrellas.

. . . .

A la noche siguiente volví por aquel barrio. La casa estaba a oscuras. A la claridad de la luna ví la acera y la entrada sembrada de flores holladas. Me detuve un rato en el lugar en que nos detuviéramos la noche anterior. Un gemido de mujer se levantó del interior de la casa.

Continué mi camino y al pasar frente a una puerta vecina, oí conversar dos mujeres en el umbral.

Las dos suspiraron, y una dijo:

—¡Bendito sea Dios! Anoche estaba cantando y hoy ya está enterrada...

Una tarde vino a buscarme y me invitó a vagar por los alrededores.

Estaba locuaz y de buen humor y yo escuchaba sus divagaciones sobre las cosas que nos salían al paso.

Encontramos una muchacha de la vida alegre, una pobre criatura fea y mal vestida, que trataba de hacerse provocativa con el contoneo de las caderas, los parches de colorete en las mejillas y los trapos de colores chillones que la cubrían.

Era conocida de Lázaro y éste la saludó quitándose el sombrero. ¿Recuerda Ud.—me preguntó sonriendo con su bella sonrisa—recuerda Ud. lo que dice ese viejo dilettante de Anatole France, en uno de sus libros, de estas mujeres?

Le contesté que no recordaba.

—Pues bien, dice que las prostitutas están más cerca de Dios que las mujeres honradas porque se han depojado de todo orgullo, y porque no se glorifican de aquello de lo cual hacen alarde las matronas respetadas. Que poseen la humildad que es la piedra angular de las virtudes agradables al cielo. Hay preparado para ellas un trono a la derecha del Padre y en el reino de Dios, la reina y la emperatriz se sentirán dichosas de sentarse a los pies de estas busconas, pues parece que en los dominios celestiales las cosas no se consideran como las consideramos los humanos. En una ocasión—añadió—repetí esto mismo a una de ellas, y se puso muy agradecida. Me pidió el retrato de Anatole France y le dí uno que encontré ilustrando una revista. Lo mandó colocar en un marco dorado bastante lujoso, que colgó sobre el lecho a modo de una divinidad protectora y le tenía encendida siempre una lamparita de aceite perfumado.

Lázaro se puso a tararear a media voz una canción.

Se notaba que estaba contento.

Caía la noche, y sobre el cielo enrojecido del poniente se recortaban perfiles de techos de casas y de torres de iglesia.

Aun no se habían encendido las luces y caminábamos a través de lo que ya casi era la oscuridad. Me parecía que nos movíamos entre ese color que hay en los sueños cuando están a punto de transformarse en pesadillas.

Pasábamos por una calle solitaria, a la vera de una tapia, al otro lado de la cual murmuraban unos pinos.

Lázaro seguía canturreando su canción.

De pronto se detuvo, hizo que yo hiciera lo mismo y se puso en actitud de acecho. Luego me dijo de un modo que me dió miedo:

—¿Qué sabe Ud. si allí, en el rincón que forma esta pared con la otra, esperará...? ¿A quién esperará? No caminemos más, vale más que nos devolvamos... Quizá viene a nuestro encuentro. Se apoyó en la tapia con gesto medroso. Del otro lado segían murmurando los pinos.

Se acercó a mi oído y me interrogó muy quedo: ¿Tiene Ud. miedo a la muerte?

Yo no le podía contestar porque me temblaban las mandíbulas.

—¡Qué tontería!—exclamó por fin.

Me cogió de un brazo y me arrastró hacia adelante, hacia el rincón en donde podía estar aquella a quien él no se atrevía a nombrar en voz alta.

El cielo tenía un tono lívido. Muy lejos, las campanas de la Soledad llamaban al rosario.

Llegamos al rincón. Me parecía que habíamos tardado años en llegar allí.

Miré ansioso las sombras que se extendían ante mí y que parecían venir a amontonarse en aquel rincón. De entre el mar de sombras surgió una que venía rebotando a nuestro encuentro.

Oí que a Lázaro le castañeteaban los dientes.

En esto se encendió la luz eléctrica de la esquina y las sombras huyeron al conjuro luminoso. Lo que en la oscuridad tomé por algo que rebotaba no era sino un hombre que venía en dirección opuesta a la nuestra, un hombre que marchaba con paso elástico de persona joven. Al pasar a nuestro lado lo reconocí: era X, un muchacho que acababa de regresar de los Estados Unidos con su título de ingeniero. Se alejó ágil pisando fuerte sobre el empedrado al compás de un fox trot a la moda que silbaba.

—¿Quién es? me preguntó Lázaro con acento sombrío. Miraba al otro con los ojos muy dilados y yo podía ver el destello de sus dientes a través de sus labios temblorosos.

Todavía resonaban los pasos en la calle tranquila, cuando mi amigo murmuró:—Va contento y no sabe que lleva la muerte consigo...

—¡La muerte!—grité, y quise echar a correr tras el joven ingeniero.

Lázaro me detuvo.

—Es inútil—dijo.

. . . .

Como a las once de la noche alguien que volvía de la calle me contó conmovido:

—¿Sabes? X, ese muchacho ingeniero que regresó la semana pasada de los Estados Unidos, acaba de matar a Enrique Alvarez el abogado. Parece que habían tomado, y Alvarez dijo algo malicioso de una hermana de X...

También recuerdo que en una ocasión Lázaro me dijo:

—¿Nunca piensa Ud. Juan, cuando se despide de una persona o la mira alejarse, si es la última vez que le habla o la ve?

CARMEN LIRA.

Junio de 1925.

Savitrí

Episodio del MAHABHÁRATA

Versión castellana del Dr. C. M. FREUNDLICH, profesor de lingüística en la Universidad Nacional de Córdoba (Rep. Argentina).

(Viene de la entrega anterior)

Canto II

Mientras tanto, Narada [1] visitó al monarca de Madra, y ambos
sentados estaban dialogando en medio del aposento;
entonces, precisamente, fué cuando SAVITRÍ y los consejeros,
después de su peregrinación a los lugares sagrados y a las ermitas,
regresaron al hogar y ella vió junto al padre el huésped,
con la cabeza honró la casta los pies de ambos.
Narada preguntó: «¿Adónde había ido tu hija?
»¿De dónde vuelve? ¿Por qué no eliges para la doncella
»esposo?» A esto respondió el rey de Madra:
«Precisamente con este fin envié a mi hija, y de su peregrinación
ahora regresa. Oye de ella, a quien por esposo ha elegido.
Tú, Savitri, cuéntanos todo lo que hiciste».
Y cumpliendo la orden del padre, contóles la hija:
«Dyumatsena, un héroe sin igual, fué rey en Salva. [2]
»Tocóle la desgracia de perder el don de la vista,
»y un antiguo enemigo, en acecho, aprovechó el momento,
»y quitó al ciego monarca el reino. Este, entonces, se retiró al bosque;
»consigo llevó al hijo—tierno infante aún—y a la esposa,
»y a dura disciplina se sometió en el amplio bosque el piadoso.
»Satyavant, [3] este hijo, nacido en la ciudad, mas en el bosque sagrado
»viviendo, ese es, a quien mi corazón por esposo ha elegido».
Entonces, Narada exclamó: «¡Ay, qué mala elección hizo tu hija,
«cuando, confiada, a Satyavant encadenó su destino!»

EL REY

¿Es ese hijo brillante, paciente, sensato?
¿Es Satyavant un héroe, el consuelo de su padre?

(1) Véase al final la nota No. 13
(2) » » » » » » 14
(3) » » » » » » 15

NARADA

Cual la divinidad solar brilla; paciente es como la tierra,
inteligente cual de los dioses los maestros, [1] en fuerza heroica cual Indra.

EL REY

¿Es generoso, piadoso, recto?
¿Es de noble espíritu?
¿Es de bella figura el joven, de agradable aspecto?

NARADA

Generoso es, a más no poder, como Rantiveda [2] lo era,
y cual Sibí, [3] de Usinara el rey, recto y piadoso;
cual Yayati, [4] de noble espíritu, e igual a la luna, de agradable aspecto.
No en belleza igualan al fuerte los Asvin. [5]
Clemente también es; es héroe y dominador de pasiones,
amable y libre de odios y rencores, digno y constante.
La probidad persistente en él, cual su firmeza.
Mas, breve deseo ser: Los piadosos y buenos lo alaban.

EL REY

Tu narración adorna al joven con todas las virtudes;
pero también debes, si defectos posee, nombrármelos.

NARADA

A pesar de todas sus virtudes, grava sobre él un defecto,
que no se deja borrar; ningún empeño lo puede.
Tan sólo el defecto tiene Satyavant, que desde hoy
dentro de un año, destinado está a morir; sin vida quedará su cuerpo.

EL REY

Ay, Savitrí, mi hija, a otro esposo elige!
Este, rico en virtudes, padece del peor de los males.
Como me dice Narada (a quien los Dioses honran),
no vivirá mucho tiempo: solamente un año, y abandonará el cuerpo.

(1) Véase al final la nota No. 16
(2) » » » » » » 17
(3) » » » » » » 18
(4) » » » » » » 19
(5) » » » » » » 20

SAVITRÍ

Una vez recibe su parte el hijo, cuando el padre muere;
una vez, la hija es dada por el padre como esposa;
una vez, irrevocablemente, se dice: Te regalo esto!
Cosas son estas que una vez, tan sólo, y no más, ocurren.
Que larga sea una vida o corta—que virtudes adornen a él,
o que carezca de ellas—ya lo elegí por esposo,
y a otro no elegiré. Con inteligencia se resuelve;
con la palabra, entonces, se proclama la resolución y se la corona
con la ejecución; por esto, la inteligencia es para mí regla y directiva.

NARADA

Resolución firme demuestra Savitrí, oh rey, e imposible
es desviarla de lo que su obligación considera.
Y lo confieso, que nadie supera en excelencia al escogido;
por esto veo con gusto que con tu hija lo cases.

EL REY

Sabio y razonable es, cuanto acabas de hablar,
y quiero cumplirlo. Tú, oh Santo, eres mi maestro.

NARADA

¡Que sin impedimento alguno se efectúe de tu hija la boda!
Mas, yo, ahora, ausentarme debo. El bienestar sea con vosotros!
Así habló Narada y se elevó volando al cielo,
y el rey hizo preparar todo para la boda.

Canto III

Asvapati estaba ahora anheloso del casamiento de su hija
y dispuso, lo que para la celebración se necesitaba.
En un dichoso día, por fin, en camino se puso con la hija,
los sacerdotes con ellos y los ancianos bracmanes.
Al bosque sagrado de Dyumatsena llegó el rey,
y a pie entró con sus acompañantes.
Apoyado contra un árbol y sentado sobre una almohada
de Kusa, [1] vieron allí al noble monarca ciego.
Y el príncipe de Madra honrólo según la costumbre,

(1) Véase al final la nota No. 21

y a conocer se dió a él en modesto discurso.
Consciente de su deber, el regio sabio, ahora, al forastero
brindó salud y asiento y la bebida de honor; después preguntóle
él, un rey al otro: «¿Cuál es el fin de tu visita?»
Todo lo que con el hijo del rey había proyectado,
el rey de Madra participó ahora al otro y dijo:
«Mi dulce hija está aquí; Savitrí se llama;
aceptarla quieras como nuera, según tu obligación».

DYUMATSENA

Expulsados del reino, resueltos a vivir en el bosque,
moramos aquí en disciplina estricta, según la manera de los anacoretas;
mas, ¿cómo soportaría tu hija tales privaciones
aquí en la ermita?—¡Ella que es digna de habitar un palacio!

ASVAPATI

Como yo, lo sabe mi hija que sufrimientos y alegrías
vienen y van; por esto no deberías tal cosa hablar en mi presencia.
Venido he a hablarte con firme resolución;
ante ti me hallo inclinado: Por el interés de la amistad
no debes destruir la esperanza. Yo me acerco a ti con confianza;
por esto no haces bien, oh rey, en rechazarme.
Tú me convienes y eres digno de mí, como yo lo soy de ti.
Acepta a mi hija como lazo, como esposa de tu hijo.

DYUMATSENA

Largo tiempo ya abrigaba el deseo de ser tu pariente;
dudar me hizo, ahora, tan sólo la idea de que fué perdido el reino.
Pero renovado está hoy por ti mi antiguo anhelo,
y el huésped eres a quien yo ansiaba.
Y celebraron la boda, entonces, según la costumbre, los reyes; (1)
concurrieron a ella todos los bracmanes que en el bosque moraban.
Cuando el monarca de Madra hubo dotado a la hija
como justo era, regresó íntimamente satisfecho.
Inmenso cariño sintió Satyavant por la esposa, a la cual
toda virtud adornaba; y ella por él, a quien su corazón había anhelado.
Todas las joyas se quitó, cuando el padre hubo partido,

(1) Véase al final la nota No. 22

y tosco traje se puso y rojo (1) sayal de penitente.
Servicial, sencilla y amable, caritativa y controladora
de sus propias acciones, pronto era amada por todos.
Todo cuidado del cuerpo dispensaba Savitrí a su suegra,
alegrándola así, cuidando de la ropa y de otros deberes.
A su suegro gustaba, cómo a los Dioses honraba y cómo
bien dominaba su lengua; mas, de su habilidad
encantado estaba su esposo, y de sus dulces palabras,
de su suave carácter y de sus amantes abrazos.
Así pasó para los buenos, que penitentes vivían en el bosque,
algún tiempo; mas, nunca olvidó Savitrí las palabras
de Narada, y día y noche sufría por el esposo.

Canto IV

Pasó el tiempo y acercóse el día
destinado como día de muerte para el esposo de Savitrí.
La palabra de Narada siempre estaba viva en su mente,
y ella no dejaba de contar los días, conforme pasaban.
«De hoy al cuarto día debe morir», se dijo la buena,
y juró que tres días estaría parada y tres noches,
sin mover un miembro y sin cambiar de posición.
Mas, el ciego rey lo oyó, y sintió pena;
a ella se dirigió y le habló estas cariñosas palabras:
«Demasiado pesada es la obra, oh hija, que iniciaste;
«pues, estar parado tres días y noches, es sufrimiento duro».

SAVITRÍ

Padrecito, no tengas pena por mí; yo llevo a cabo
esta promesa y la cumplo con firme resolución.

DYUMATSENA

No puedo decirte: Falta a tu promesa.
Uno como yo, menester es que diga: Cumple lo que juraste!
Dyumatsena, el noble, calló, después de haber dicho esto,
y a Savitrí se la veía parada, ahora, cual si un poste fuese.
«Mañana morirá mi esposo!»—Con este pensamiento pasó
parada la tercera noche, sumida en llanto y pena, la fiel.—

(1) Véase al final la nota No. 23

Y para sí se decía, cuando apenas el sol de salir
acababa: «Hoy será!»—Y el fuego sagrado avivó
rápidamente y cumplió los sagrados ritos de la mañana.
Respetuosamente saludó a los ancianos y sacerdotes después,
uno por uno, y a suegra y suegro, las manos dobladas,
y bendijeron a ella para que no enviudara,
todos los habitantes del bosque, todos los ermitaños.
«Así sea!» respondió ella y recogió con el corazón
todas las bendiciones, en profundas reflexiones sumida.
Tiempo y hora esperaba, que Narada una vez le había predicho,
y de la pena más grande se sintió acometida.
Pero cariñosamente le hablaron los padres de su marido:
«Con fidelidad has cumplido, oh hija, lo que prometiste,
«y la hora de comer llegó; más tiempo no tardes».

SAVITRÍ

A poco de que el sol se haya puesto y mi deseo
se haya cumplido, comeré; así lo resolví en mi mente.—
Mientras Savitrí, hablaba de la comida, Satyavant se dispuso,
el hacha al hombro, a ir a la selva.
Mas, ella dijo: «Sólo no debes ausentarte tan lejos;
»contigo iré; pues, de ti no puedo separarme».

SATYAVANT

Si tu anhelo es acompañarme, gustoso te lo concedo;
mas, para que no me toque reproche alguno, pregunta a los padres.—
Y la buena esposa y nuera saludó a los suegros y dijo:
«Para buscar frutas, irá a la selva profunda mi esposo.
»Con él iría gustosa, si permitirlo quisiérais, oh padres míos;
»pues imposible me es soportar la separación de él.
»Impedirle no debemos, porque leña buscará, también para el fuego
»sagrado del Maestro. (1) Mas, si otro fin persiguiera, retenerlo deberíamos.
»Casi doce meses han pasado ya, oh mis queridos,
»que no abandoné el bosque sagrado y ansío
»ver alguna vez la selva agreste en plena flor».

(1) Véase al final la nota No. 24

Dyumatsena
Nunca, desde que su padre me la dió
como vínculo, Savitrí
pronunció una súplica hasta ahora; cúmplase su deseo por ello.
Pero, que prudentes seais en el camino,
hija mía.—
Y así, con el permiso paternal, fué la
sublime esposa
con el amado esposo, sonrientes los labios, mas el corazón temblando.
Y alrededor de sí vió la bella y multicolor selva,
animada por manadas de pavos reales;
los árboles en flor
vió ella, las cristalinas corrientes, y su
esposo, con cariño,
incitóla a mirar. Mas ella tenía mirada
tan sólo para él
en cada movimiento, considerándolo, por
las palabras del sabio,
como si ya muerto hubiera. Así lo seguía, sintiendo crueles tormentos,
con paso ligero, y esperando el minuto
fatal.

(Seguirá en el número próximo).

Un ejemplo raro

Un telegrama de Guayaquil da cuenta de que en Ecuador ha sido ofrecida la cartera de Relaciones exteriores a un alto personaje de la política, y que éste rechazó el honroso cargo por considerarse insuficientemente preparado para ejercer tan delicado encargo.

Tenemos que aplaudir entusiastamente este acto. Indica claramente un sentido de la honradez que enaltece al que lo ejecuta.

Un ministerio, en cualquier parte del mundo, en Ecuador, en China o en Colombia, es una de las más altas responsabilidades. De la preparación más o menos perfecta del individuo designado para llevar la cartera, dependen los intereses más altos de la nación. Y ya que no sería dentro del orden de cosas actual, natural ni mucho menos, la presentación de un examen previo, se impone a la conciencia del ministro analizar fríamente, serenamente, las capacidades que pueda tener para encargarse del alto puesto.

Para nosotros el *desideratum* en estas materias sería el ministerio al cual se fuera por concurso. Pero como esto apenas podría pasar por un simple juego de ideas, por un malabarismo, dentro de las instituciones actuales, se impone la honradez antes que todo.

El personaje del Ecuador, al hacer esa declaración, no ha descendido un pie en la apreciación de sus conciudadanos. No ha querido aceptar un Ministerio, porque no se cree capaz, y sin embargo, esa declaración lo eleva. Le hace ascender en el criterio honrado.

Tal vez sea más capaz que muchos de los ministros que han ido a los gabinetes en los últimos tiempos. Porque su declaración es una patente de sinceridad. Los hombres sinceros y animados rectamente muchas veces adelantan más que los talentos sinuosos que se ocultan entre el humo denso del pachequismo.

Y por último, dada la imposibilidad que se tiene de concursos ministeriales, propondríamos algo mejor: los ministerios deberían ser dados a muchos de los hombres que se confiesan incapaces de desempeñarlos. No puede darse mejor prueba de una perfecta honradez, virtud esencial en un gobernante.

Y advertimos de una vez, que todas estas observaciones que nos la ha sugerido la actitud briosa de un hombre más o menos lejano, no las decimos con el carácter de mera ironía. No. No se trata sólo de nuestros hombres. En todo el mundo hay ministerios mal provistos. Y en todo el mundo se discuten estos problemas. Pero no en todo el mundo pasa lo del Ecuador.

(De *El Tiempo*, Bogotá).

Revista Ariel

Letras, Artes, Ciencias, Misceláneas

Aparecerá el 15 y 30 de cada mes, en cuadernos de 28 páginas.

Directores:

Froylán Turcios y Arturo Martínez Galindo.

Dirección y Administración:

Esquina casa Streber. Tegucigalpa, Honduras. Centro América.

Se compran estos números del Repertorio Americano:

Del tomo I: Números 7, 9, 10, 18 y 23.
Del tomo II: Números 1, 3, 5, 20 a 23, 25 a 28, y 30.
Del tomo IV: Números 19 y 23.
Del tomo V: Número 3.
Del tomo VII: Número 21.

Quien habla de la **Cervecería TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

Cervecería, Refresquería, Oficinas, Planta eléctrica, Taller mecánico, Establo.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

Cervezas

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

Refrescos

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

Siropes

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Finales de fábulas

EL CUERVO

El Cuervo que había pretendido ser águila y quedó preso en la lana del cordero, al querer levantarlo, murió poco después de que el pastor le cortó las alas.

Antes de morir, agonizante ya, fué arrojado en el polvo, frente a la choza del pastor.

Estaba a punto de arrepentirse de su osadía, cuando un niño, al pasar, llamó a otros diciéndoles:

—Miren un pájaro grande. ¿Será un águila?...

Al oírlo, el Cuervo se irguió, agitando los muñones de las alas cortadas, como si fuera a volar—y murió sin arrepentirse.

LA TORTUGA Y LA LIEBRE

Mientras la Liebre dormía, con sus patas estiradas, la Tortuga con la que había apostado una carrera, se le acercó poco a poco, cargando su concha gris, y la miró.

Sintió deseos de despertarla, para burlarse de su pereza. Quiso echar a rodar una piedra, para asustarla; pero recordando la apuesta prefirió dejarla dormir.

Pasó junto a la Liebre y se alejó con suavidad sobre la yerba, caminando como si remara...

UN RATONCITO

El Ratoncito aquél había huído de la ciudad, porque temía el gruñir amenazante de los perros y las uñas de los gatos que lo perseguían cada vez que pretendía pasearse.

Refugiado en los montes vivió contento, gastando sus largos dientes en toda la madera que encontraba.

Un día escuchó ruidos bruscos, gruñidos subterráneos y creyendo que lo perseguían perros gigantes, salió corriendo por entre los montes y bajó a la ciudad.

Y en la ciudad vió que todos, esperando al hijo de los montes, lo miraban asombrados y sonrientes.

LA ENCINA Y LA CAÑA

...Al otro día, pasada la tormenta, un leñador, caminando detrás de su burro, llegó al sitio en que el viento furioso había arrancado la Encina y la había tendido en tierra, como una muerta, con las ramas rotas.

Junto a ella, erguida y libre de cuidado, la Caña se contoneaba con la brisa, ufanándose de su buena suerte.

El leñador pasó el día entero luchando con su hacha por cortar en trozos las ramas y el tronco de la Encina.

Cuando llegó la noche suspendió el trabajo, cargó su burro con los trozos de madera olorosa y para hocerlo caminar arrancó la Caña y lo golpeó con ella.

En la casa del leñador, la Encina llameó en la chimenea, dando un calor grato, que hacía sonreír de felicidad a su mujer y a sus hijos.

La Caña sólo sirvió de postre al burro del leñador.



LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(*Suplemento al* Repertorio Americano)

LA GALLINA DE LOS HUEVOS DE ORO

Era fea. Tenía la crestita pálida y las plumas de un blanco amarillento. Sus patas eran grandes, toscas. Solía caminar con el pico abierto y las alas colgantes, con el aspecto de un campesino que llega a la ciudad.

Los gallos nunca se fijaron en ella, cuando fué pollita; no le hicieron jamás la corte, extendiendo el ala, como un abanico, sobre el espolón agudo.

Así pasó mucho tiempo en el gallinero, y estaba a punto de ser sacrificada, la víspera de un banquete, cuando al levantarla del nido su dueño vió en la paja un huevo dorado, como de latón brillante.

Lo tomó en sus manos y al cogerlo escuchó en el interior del huevo un claro retintín de moneditas de oro.



EL ASNO QUE SE DISFRAZÓ DE LEÓN

Bajo la piel del León, el Asno reía enseñando los dientes y sentía deseos de rebuznar a cada momento.

Halló en su camino a otros asnos, y al verlos venir tembló, pensando que pudieran ser leones disfrazados con pieles de asno; pero cuando reconoció entre ellos a una asnita amiga suya, no pudo dominarse y rebuznó...

Huyeron los asnos, creyendo que el León imitaba su rebuzno, para sorprenderlos.

Y el Asno reía, moviendo las dos colas y las cuatro orejas.

FRANCISCO MONTERDE G. I.

(*La Pajarita de Papel*,
P. E. N. Club de México. 1924).

Maestro de escuela, Fabre se inicia en el estudio de los insectos

Entre las materias enseñadas, una nos gustaba especialmente, tanto a los maestros como a los alumnos. Era la Geometría a campo raso, la agrimensura práctica. El colegio no tenía ni uno de los instrumentos necesarios; pero con mis grandes emolumentos, 700 francos al año, ya podía permitirme el lujo de adquirirlos. Cadena de agrimensor y jalones, piquetes y nivel, escuadra y brújula, todo se adquirió a cuenta mía. Un grafómetro minúsculo, apenas mayor que la mano, que bien valdría cinco francos, me lo procuró el establecimiento. Faltaba el trípode, y lo mandé hacer. Ya estaba provisto de instrumentos.

En cuanto llegó el mes de mayo, dejábamos aquella sombría sala una vez a la semana, y salíamos al campo. Aquello era una fiesta. Todos se disputaban el honor de llevar los jalones, repartidos en haces de tres; y más de un hombre, al atravesar el pueblo, sentíase glorificado delante de todos por los doctos palos de la Geometría. Yo mismo, ¿por qué negarlo? sentía cierta satisfacción en llevar religiosamente el aparato más delicado, el más precioso, el famoso grafómetro de cinco francos. Los lugares de operación eran una llanura inculta, pedregosa, un *harmas*, como dicen en el país. Ninguna cortina de setos vivos me impedía vigilar a mi personal, y, condición absoluta, no tenía que temer para mis discípulos la irresistible tentación del albaricoque verde. La llanura se extendía a lo largo y a lo ancho, cubierta únicamente de tomillo en flor y de cantos rodados. Había espacio libre para todos los polígonos imaginables; trapecios y triángulos podían combinarse de mil maneras. Las distancias inaccesibles estaban a sus anchas, y aun una vieja casucha, que en otro tiempo fué palomar, ofrecía su vertical a las proezas del grafómetro.

Pues bien; desde el primer día, hubo algo sospechoso que me llamó la atención. Envié un discípulo a plantar algo lejos un jalón, y le ví que en el camino se detenía muchas veces, se bajaba, volvía a levantarse, buscaba y bajábase otra vez, olvidando la alineación y las señales. Otro, encargado de levantar los piquetes, se olvidaba de ellos, y en su lugar cogía un guijarro; un tercero, sordo a las medidas de ángulos, desmigajaba entre las manos un terrón. La mayor parte de ellos fueron sorprendidos chupando pajitas. Y el polígono parado, y las diagonales, en suspenso. ¿Qué era semejante misterio?

Me informé y todo quedó explicado. El discípulo, huroneador de nacimiento y buen observador, sabía de mucho tiempo lo que todavía ignoraba el maestro. En los guijarros del *harmas*, una abeja grande y negra hace nidos de barro. En estos nidos hay miel, y mis agrimensores los abrían para vaciar las celdas con una paja. Me enseñaron la manera de operar. La miel, aunque un poco fuerte, era aceptable. Le tomé gusto yo también, y me junté con los buscadores de nidos. Ya volveremos después al polígono. Y de esta manera ví por primera vez la abeja albañila de Réaumur, ignorando su historia y desconociendo a su historiador.

Este magnífico himenóptero, que tiene alas de color violado sombrío y vestido de terciopelo negro; sus construcciones rústicas en los guijarros soleados entre el tomillo, y su miel, que interrumpió las severidades de la brújula y de la escuadra de agrimensor, impresionaron vivamente mi espíritu, y deseé saber algo más que lo que me habían enseñado mis discípulos: desvalijar las celdas de su miel con una pajita. Mi librero tenía cabalmente en venta una obra magnífica sobre los insectos: *Historia natural de los animales articulados*, por Castelnau, E. Blanchard y Lucas. Estaba adornada con tantas figuras, que cautivaban la vista; pero ¡era tan cara! ¡Costaba tanto! Mas ¡qué importa! Mis suntuosos honorarios, mis 700 francos tenían que dar para todo: nutrir el espíritu y el cuerpo. Lo que dé más al uno, se lo restaré al otro, balanza a que debe resignarse fatalmente quienquiera que tome la ciencia por sustento. Quedó hecha la compra. Mi prebenda universitaria recibió aquel día copiosa sangría: dediqué a la adquisición del libro la paga de un mes. Un milagro de parsimonia tenía que cubrir más tarde el enorme déficit.

Devoré el libro, tal es la expresión. Aprendí el nombre de mi abeja negra; leí por primera vez pormenores de costumbres entomológicas; envueltos ante mis ojos por una especie de aureola encontré los nombres venerados de los Réaumur, Huber y Leon Dufour, y mientras hojeaba la obra por centésima vez, una voz íntima me susurraba vagamente: Tú también serás historiador de insectos. ¡Puras ilusiones! ¿Qué ha sido de vosotras? Pero dejemos estos recuerdos, tristes y dulces a la vez, para volver a los hechos y hazañas de nuestra abeja negra.

J. H. Fabre

(Costumbres de los insectos, Calpe. Madrid).

Anécdota

En la vida de Washington tienen los niños norteamericanos un ejemplo, cuya influencia debe haber sido muy grande para inspirar el amor a la verdad. Siendo muy pequeño le regalaron una hachita, y para probar el filo, estando a solas, se puso a cortar el tronco de un cerezo, por el cual su padre tenía marcada predilección. El día siguiente, viendo éste el destrozo se quejó deseando saber al mismo tiempo quién lo había cometido. El niño Jorge, sin vacilar, le dijo estas palabras: «Papá, yo no puedo decir mentiras; fuí yo quien corté el árbol». «Hijo mío, le fué contestado, prefiero perder los árboles todos del jardín a cogerte jamás en falsedad».

Contada por
Luis F. Mantilla.

(Educación infantil, Nueva York, 1886).

Leyenda maya

La Princesa escondida

Del cenote [1] Xtucumbí Xuman [2] que existe en Bolonchén [3], se cuenta la leyenda maravillosa. Así se llamaba la doncella hija de X'Ulumil cech [4] (Yucatán) y de Zamná (el rocío del cielo). Por su hermosura llamó la atención del gigante Chaac, el dios de la agricultura, los truenos y los relámpagos. Pero disgustada la madre de la princesa, hizo que ésta se ocultara en la gruta de Bolonchén. Desesperado de amor, el gigante hizo tronar el cielo, temblar la tierra y encenderse el espacio; y después de emprender muchas excavaciones logró encontrar a su amada. Quiere decir todo esto que para encontrar el agua en Yucatán el hombre tuvo que horadar la tierra a brazo partido.

Rafael Heliodoro Valle

(1) Corrientes de agua subterránea en Yucatán.
(2) Gran señora escondida.
(3) Nombre maya de localidad en donde existen nueve pozos o cenotes.
(4) Tierra de pavos y venados.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica